

No puedo hablar sobre el particular, dijo Pym, porque no comprendo en que se funda la cuestion: nuestra peticion se reduce á reclamar el cumplimiento de las leyes de Inglaterra; aquí se trata de un poder distinto del que confiere la ley. ¿Dónde lo encontraremos autorizado? ¿En la Carta? no. ¿En alguna institucion? tampoco. ¿De dónde lo tomaremos, pues, para conferirlo, sino existe en ninguna parte? Si adoptamos la enmienda, añadió sir Tomas Wentworth, dejaremos las cosas en peor estado del que las hemos encontrado, sancionando un poder soberano que nuestras leyes no reconocen.»

Los representantes del pueblo se mantuvieron firmes, el público clamaba por el resultado; pero la Cámara de los Pares, harto débil para reclamar abiertamente la libertad, lo fue asimismo para preconizar la tiranía. Retiró su enmienda; substituyéndola por consideraciones personales con una frase hueca, y la peticion adoptada por ambas cámaras, fue presentada solemnemente al rey, que vencido á su vez habia prometido tambien aprobarla.

Mas su respuesta fue vaga y evasiva, pues sin sancionar el bill, volvió á repetir las palabras que anteriormente no habian contentado á la cámara (2 de junio id.)

Iban los representantes del pueblo á perder la victoria, pero al reunirse volvieron á insistir enérgicamente. Sir John Elliot recapituló agriamente las quejas de la nacion, y en tanto se mandó que ningun diputado abandonase la sesion, so pena de ser encarcelado. Se convino en presentar al rey una representacion general, y la comision de subsidios fue encargada de redactarla.

El temor consiguiente á todo grave suceso, ese temor que quisiera detenerlo todo en cuanto se sale de los limites de la frialdad, empezaba á sobrecoger á algunos. Acusábase á Elliot de enemistades personales, á Wentworth de imprudencia, y á Coke de obstinacion. En tal coyuntura creyó el rey poder dar un golpe de Estado, y así prohibió á la cámara mezclarse en adelante en asuntos de gobierno (5 junio.)

Quedó consternada la cámara: esto era una demasia, un insulto, aun en sentir de los mas moderados. Todos callaban: «Preciso es, dijo Elliot, que sean muy grandes nuestros pecados. ¡Sabe Dios con qué afecto, con qué celo hemos procurado ganar el corazon del rey! Seguramente algun falso rumor nos ha acarreado este golpe. Se dice que hemos hecho renacer sospechas sobre los ministros de S. M.; ningun ministro, por poderoso que sea, no podria...»

Levantóse aquí bruscamente el presidente, y añadió llorando: «Tengo orden de interrumpir al que hable mal de los ministros del rey.» Y se sentó de nuevo Elliot.

«Si no podemos hablar de esto en el parlamento, dijo sir Dudley



LORD STRAFFORD.

Diggs, levantémonos y salgamos, ó quedémonos mudos y ociosos.» Nuevo y profundo silencio.

«Fuerza es hablar ahora ó enmudecer para siempre, exclamó al fin sir Rich, no conviene permanecer en silencio en medio de tal peligro. El silencio nos salvaria á nosotros, pero perderia al rey y al Estado.

Vamos en busca de los lores, sepan nuestros riesgos, y juntos iremos á presentar á S. M. nuestras representaciones.

De improviso pasó la cámara del estupor á la indignacion: todos los miembros se levantaron y hablaban á la vez: el rey es bueno, dijo Kirton, tanto como lo haya sido cualquier otro príncipe; los enemigos del Estado han conseguido dominarle; pero Dios nos favorecerá, yo lo espero, con corazones, con brazos, y con espadas para cortar la cabeza á esos enemigos del rey y nuestros.—No es el rey; repuso Coke, es el duque quien nos dice: cesad de intervenir en los asuntos del Estado.—Es él, es él, exclamaron todos.» El presidente habia dejado su escaño; crecia el desórden, y nadie procuraba calmarlo, porque ni los mas prudentes hallaban razones conque enfrenarlo: la indignacion es algunas veces legítima, aun en sentir de los que nunca se irritan.

La cámara en medio de tamaña confusion, seguia meditando las mas violentas resoluciones: el presidente salió secreta y apresuradamente á dar cuenta al rey de aquel peligro, y he aquí que el miedo pasó de la cámara á la córte. Al otro dia un mensaje mas templado procuró dar esplicaciones sobre lo que habia tanto alarmado; pero ya no bastaban palabras. La cámara seguia en su agitacion; hablábase de tropas alemanas, pagadas por Buckingham, y que iban á desembarcar; un diputado afirmó que la víspera habian llegado á Lóndres doce oficiales alemanes, y que dos buques ingleses habian recibido órden de trasportar los soldados. Aun no se habian votado los subsidios, Cárlos y su favorito temieron hacer por mas tiempo frente á una indignacion cada vez mas poderosa.

No dudaban que bastaria á calmarlo todo la sancion de los derechos. Presentóse el rey á la Cámara de los Pares, donde tambien se habian reunido los representantes del pueblo. Dijo que se habian egañado suponiendo su primera respuesta evasiva, y que estaba pronto á dar una que desvaneciese toda sospecha. Leyóse de nuevo la peticion, y Cárlos respondió con la fórmula acostumbrada: «Hágase en justicia como se desea.»

Los representantes del pueblo habian triunfado arrancando por fin el solemne reconocimiento de las libertades de pueblo ingles. A esa victoria debia darse la mayor publicidad; se convino que la peticion, impresa con la última respuesta del rey, se esparciera por el país, y se tomaria acta de ella no solo en las dos cámaras, si que tambien en Westminster. El bill de subsidios fue definitivamente adoptado. Cárlos se creyó tranquilo:

«He hecho cuanto me tocaba, dijo; si este parlamento no tiene feliz término, vuestra será la culpa; ya nada puede imputárseme.»

Mas no se cura tan pronto una dolencia arraigada, ni se satisface con los primeros triunfos la ambicion de un pueblo indignado. No bastaba seguramente la sancion de los derechos; solo se habia consumado la reforma de principios, que venia á ser inútil sin las de la prácticas, y debia empezarse por la de los consejeros. Todavía dominaba Buckingham y seguia el rey cobrando los derechos de las aduanas sin el beneplácito del parlamento. Ilustrados los representantes del pueblo por la esperiencia sobre los riesgos de la lentitud, y cegados por la pasion acerca de una exigencia sobrado altiva, mezclándose por último el orgullo y el odio al instinto de la necesidad, resolvieron dar sin descanso los últimos golpes. En una semana redactaron otras dos representaciones, una contra el duque, y otra para establecer los derechos de aduana, que como los demás impuestos, solo debian percibirse en virtud de una ley (15 y 21 de junio).

El rey llegó á perder la paciencia y hallándose decidido á procurarse al menos, algun descanso, se presentó á la Cámara de los Pares, mandó llamar á los miembros de la otra y prorogó el parlamento (26 de junio).

Dos meses despues murió Buckingham asesinado; y en el sombrero de Felton su asesino se encontró un escrito que recordaba la última representacion de la cámara. No huyó el homicida ni siquiera procuró defenderse, solo dijo que habia considerado al duque como enemigo del Estado, sacudió la cabeza cuando le hablaron de cómplices, y murió tranquilo, confesando sin embargo que habia delinquido.

Aterró á Cárlos tal asesinato, al mismo tiempo que le causó indignacion la alegría que por ese acaecimiento manifestaba la muchedumbre. Cerrada la legislatura, habia probado á complacer al público reprimiendo á los predicadores de la obediencia pasiva, y mostrándose rigurosa hasta cierto punto contra los papistas, víctimas adictas al bien del país y del príncipe; pero el asesinato de Buckingham, en que el pueblo veia su salvacion, le hizo abrazar de nuevo el partido de la tiranía. Volvió su favor á los enemigos del parlamento: Montague que habia perseguido á los diputados de la cámara baja, fue promovido al arzobispado de Chichester; Manwaring, que habia condenado los pares, recibió un pingüe beneficio; el obispo Laud, sobrado famoso ya por adicto al rey y á la iglesia, pasó á la silla de Lóndres. Los actos públicos corrian en armonía con tales mercedes; siguieron percibiéndose con rigor los derechos de aduana, y los tribunales escepcionales continuaron poniendo

trabas al curso de las leyes. Al entrar Carlos sordamente en la carrera del despotismo, podia prometerse para lo sucesivo mas felices resultados; habia apartado del partido popular sus mas brillantes jefes y elocuentes oradores: sir Thomas, nombrado baron, habia entrado en el consejo, á pesar de las amenazas de sus antiguos amigos: «Os cito para el salon de Westminster» le dijo Pym al despedirse; pero Wentworth, ambicioso y altanero, se precipitó con ardor hácia la grandeza, bien ageno de prever hasta que punto llegaria á ser odioso y fatal á la libertad. Otras defecciones siguieron á la suya; y Carlos rodeado de nuevos consejeros, mas mesurados, mas hábiles, y menos impopulares que Buckingham, vivió sin temor acercarse la segunda legislatura (20 enero de 1629).

No bien se abrió esta, cuando los miembros de la Cámara de los Comunes quisieron saber que ejecucion se habia dado al bill de derechos. La cámara se enteró de que en vez de la segunda respuesta del rey se habia unido al bill la primera contestacion, esto es la evasiva que habia sido desechada. Norton impresor de cámara de S. M. confesó que al dia siguiente de la prórogacion, habia recibido orden de mudar el testo, y suprimir todos los ejemplares que llevaban la primera respuesta de Carlos que terminaba con estas palabras: «He hecho cuanto me tocaba: en adelante nada puede imputárseme.»

La cámara mandó traer los comprobantes, y á pesar de eso no volvieron á ocuparse de este asunto, por no patentizar demasiado tan insigne mala fé: mas su silencio no pudo pasar por olvido.

La oposicion renovó sus ataques contra la tolerancia de los papistas, el favor otorgado á las falsas doctrinas, la desmoralizacion, la mala distribucion de dignidades y empleos, los procedimientos de los tribunales escepcionales, y el desprecio con que se miraban las libertades públicas.

Tal era el ardor de la cámara, que cierto dia oyó con silencio y hasta con bondad á un desconocido, de aspecto miserable y grosera apariencia, que al hablar por primera vez, denunciaba en mal lenguaje y como poseido de furor la indulgencia de un obispo para con un predicador oscuro, chabacano papista, segun dijo. Aquel orador oscuro era Oliverio Cromwell.

En vano trató Carlos de conseguir de la cámara baja la concesion de los derechos de aduana, única mira que se habia propuesto al convocar el parlamento. En vano empleó la amenaza, ó se valió de la dulzura, confesando que todas las asignaciones las debia al pueblo y al parlamento que debia señalarlas, pero exigiendo siempre que se le concediesen sub-

sidios por todo su reinado, como se hizo con la mayor parte de sus predecesores. Los representantes del pueblo se mantuvieron firmes sin soltar la única arma que tenian para defenderse del poder absoluto. Escusándose por el retardo, persistian en él como en sus pretensiones; pero sin objeto determinado, sin elevar como anteriormente peticiones claras y formales, y agitados vagamente por el presentimiento de una calamidad que parecia inevitable. Cansábase el rey; negábale la cámara todo cuanto pedia y ella á su vez se abstenia de pedirle nada que pudiese rehusar ó conceder, y esto con visos de malevolencia, y al parecer solo para poner trabas á su gobierno. Al anunciarse que iban á cerrarse las cámaras, Elliot propuso apresuradamente una nueva representacion contra la percepcion de derechos. El presidente, alegando una orden del rey rehusó ponerla á votacion. Viendo que los diputados insistian dejó su asiento; Hollis, Valentine y otros miembros le restituyeron á él violentamente, á pesar de los esfuerzos de los amigos de la corte para arrancarle de sus manos: «En nombre de Dios, le dijo Hollis, sentaos hasta tanto que á la cámara le plazca salir.—No puedo, no quiero, no me atrevo, esclamaba el presidente.» Pero las pasiones se habian desenfrenado, y se le obligó á sentarse. El rey, informado del tumulto, mandó al macero de la cámara que se retirase, suspendiendo con este acto toda deliberacion; los diputados detuvieron al macero; se le quitaron las llaves del salon, y sir Miles Hobart se encargó de guardarlas. El rey envió un segundo mensaje para anunciar la disolucion del parlamento, pero encontró cerradas las puertas. Furioso Carlos, mandó llamar al capitán de sus guardias, y le ordenó derribar la puerta. Pero en el entretanto se habian retirado los diputados, no sin haber antes adoptado una protesta que tachaba de ilegal la percepcion de los derechos de aduana, y declaraba traidor á cualquiera que los recogiese ó los pagase.

No era ya posible pensar en nuevos acomodos. Presentóse el rey á los pares, y dijo: «Nunca he venido por causa mas triste; vengo á disolver el parlamento. Solo la sediciosa conducta de la cámara baja me ha movido obrar de este modo; no la imputo á todos sus miembros; se que entre ellos hay leales súbditos y conozco que unos pocos son los engañados ú oprimidos. No esperen estos librarse del merecido castigo. Por lo que respecta á vosotros, milores, contad con la proteccion y el favor que un buen rey debe á su nobleza.» Decretóse la disolucion. Poco despues se publicó la siguiente declaracion: «Se propala maliciosamente que pronto se reunirá otro parlamento: S. M. tiene bien probado que no

abriga aversion contra estas instituciones; pero sus últimos excesos le obligan á pesar suyo á mudar de conducta: en consecuencia, tomará á injuria cualquier palabra, cualquier paso que tendiese á prescribirle una época cualquiera para la convocacion de nuevos parlamentos.»

Cárlos cumplió su palabra, y ya no pensó mas que en gobernar solo.

LIBRO SEGUNDO.

Intenciones del rey y del consejo.—Persecucion contra las notabilidades del parlamento.—Apatía aparente de la nacion.—Lucha de los ministros y de la corte.—La reina.—Strafford.—Laud.—Incoherencia y descrédito del gobierno.—Tiranía civil y religiosa.—Sus efectos en las distintas clases de la nacion.—Causa de Prynne, de Burton y de Bastwick.—De Hampden.—Sublevacion de Escocia.—Primera guerra con los escoceses.—Paz de Berwick.—Breve parlamento de 1640.—Segunda guerra con los escoceses.—Mal resultado.—Convocacion del parlamento llamado el Largo.

(1629. - 1640.)

Nada mas peligroso que tomar por via de ensayo un sistema de gobierno, creyendo que podrá cambiarse cuando convenga: Cárlos habia cometido esta falta. Habia probado á gobernar de acuerdo con el parlamento, pero persuadido y aferrado en deshacerse de él si se le mostraba indócil. Entró despues en la carrera del despotismo con la misma ligereza, proclamando su intencion de seguirla, pero opinando que si la necesidad le obligaba á ello, siempre estaria á tiempo de recurrir al parlamento.

Asi opinaban sus mas hábiles consejeros. Ni él, ni ellos concibieron entonces el designio de abolir para siempre las antiguas leyes de Inglaterra, su gran consejo nacional. Mas faltos de prevision que dotados de audacia, mas insolentes que malvados, sus palabras y aun sus actos sobrepujaban la esfera de sus ideas. El rey, decian, se ha mostrado justo y bueno para con el pueblo; bastante ha prometido y concedido. Nada les bastaba á los representantes del pueblo, antes por el contrario exigian que el rey se pusiera bajo su tutela, lo cual es imposible sin despojarle